

III

Urbano Salvador

Si los *camarotitos* del restaurant, hubieran sido menos misteriosos y hubieran estado más alumbrados, el baron de Brandes hubiera podido distinguir enfrente de él, y al otro lado del tabique en que se apoyaba su sobrino, un *trío*, dos hombres y una mujer, que ocupaban el compartimiento vecino y parecían estar en gran conferencia.

De aquellos dos hombres, el uno vestía con la perfecta distinción del vividor parisiense. Su americana, de paño azul oscuro, era de una irreprochable forma. Su finísima camisa brillaba de una manera sorprendente, y en su corbata de satín se distinguía un punto también brillante: la piedra fina del alfiler.

Cuando decimos vividor parisiense, es preciso entenderlo.

Aquel personaje tenía un sello especial.

Se conocía á primera vista que pertenecía á la colonia extranjera establecida en París, y que se implanta, por lo general, en las alturas del Arco del Triunfo.

Aquel caballero tenía un perfume exótico.

Muy moreno y muy delgado, como si hubiera sido consumido por los calores tropicales del Brasil, su país natal, hacía mucho tiempo abandonado por los costosos deleites de boulevard, fluctuaba entre los cuarenta á cuarenta y cinco años.

Su cara, adornada de largas patillas cortadas á la inglesa, como las de los *gentlemen* de Kensington, tenía profundas huellas de fatiga. Sus ojos, negros como carbones, estaba cercados por amoratados círculos; sus labios, manchados por el abuso del cigarro, y sus dientes habían perdido su esmalte.

El conjunto, sin embargo, podía aparecer agradable.

Este brasileño de París, se llamaba Urbano Salvador, vivía con gran boato, y su hotel, el hotel Salvador, situado en la calle de Chaillot, era citado por su suntuosidad, y más que por su suntuosidad por sus fiestas nocturnas, en las cuales solo las mujeres de cierta clase eran admitidas.

Urbano Salvador abusaba de todos los privilegios del celibato.

El hombre que le acompañaba no se parecía en nada á él.

Era un hombre grueso, con cara redonda como la luna, afeitada como la de un cómico, amoratada á trechos, con cabellos cortos y cuyo traje indicaba á una legua de distancia á un criado de buena casa.

Tendría á lo más cuarenta años, y ya se notaba en él una gordura manifiesta. Tenía el rostro abotagado, los hombros redondos, la nariz aplastada y la mirada poco franca.

Un italiano supersticioso, temiendo á la gestatura, hubiera tocado al verle á una medalla, haciéndole la cruz.

La mujer joven que estaba sentada á su lado, era un tipo completamente contrario.

Sin pretender eso que se llama la belleza clásica, poseía la del diablo, que á menudo vale más que las otras. Era agradable á la vista sin

excesivos colores, con grandes ojos, vivos y chispetantes de inteligencia ó mejor dicho de cía; de nariz remangada, de rosado cutis, respirando salud y que daba una impresion de bienestar solo al verla.

Bajita y bien formada, tenía las carnes duras, apetitosas, y un pecho que henchía su corpiño de lana negra, nuevo, pero de una gran sencillez.

Se podía apostar con seguridad á que se encontraba uno enfrente de una doncella, probablemente la compañera de su vecino, que parecía un muñeco grotesco á su lado.

—¿De modo—dijo el Brasileño—que mi tío tiene proyectos muy serios respecto á esas chicas?

—Podeis estar seguro de ello.

—¡Diabolo!

—¿Creeis que piense en desheredarme, Justina?

—Yo no creo que el señorito no reciba nada—dijo el hombre grueso,—pero el *gato* no será para él; ¡y vale algunos escudos! ¡El señorito bien lo sabe!

—Si, mi buen Bidoux, no lo ignoro. Mi tío Chambly reunió una buena fortuna en los negocios, sin contar con la de mi tía, y tendré mucha necesidad de ella, porque la mia está muy disminuida. Así es que es preciso entendernos.

—Eso es lo que yo deseo,—dijo el hombre gordo, que debía ser un cochero de mérito.

Todo lo que concierne á la cuadra se conoce, porque tiene un sello especial.

—¡Ese es nuestro interés comun! No hay nada como eso para ligar sólidamente entre sí á los hombres, Bidoux.

—No debo ocultar al señorito—dijo la doncella, que seguía las huellas del cochero—que la señora está muy irritada contra él. El señorito gasta demasiado y echa el dinero por la ventana, según ella dice. Sin ir más lejos, ayer tarde decía en la mesa: «Urbano me arruinará si le

dejara, y despues de mi muerte mi fortuna se convertiría en humo.» No os dejará más que una renta vitalicia. Y si no temiera molestar al señorito, le diría que la señora añadió: «Y esto es aun mucho para él.» La he visto muchas veces muy incomodada contra vos.

—La señora viene á París hoy con esas señoritas. Bernardo es quien las conduce á la estación de Compiègne. Nos ha enviado delante para hacer algunos encargos. Yo estoy encargado de tomar dos habitaciones en el Gran Hotel—dijo el cochero.

—El señorito está prevenido—dijo Justina.—No hay tiempo que perder. Ayer, despues del desayuno, la señora quería llamar al notario de Noroy... Sin Bidoux, que dijo que los caballos no podían salir, el asunto estaba arreglado.

—¿Y hoy?—preguntó el *gentleman* con inquietud.

—Las señoras se han ocupado de su viaje. No tendrán tiempo. Llegan á las tres. Esta noche van á la Opera. No volverán al castillo hasta mañana por la tarde. ¡Ya veis!

El brasileño reflexionó.

—Qué loca está mi tía—repuso—por esas miserables chicas, que son encantadoras, no lo niego; ¡pero es esta una razon para dejarme mal á mi, Urbano Salvador, el propio hijo de su hermano, en provecho de esas vagabundas recogidas en un camino?

El brasileño lanzó una mirada llena de caricias á la doncella.

—Que lo diga Justina—dijo.

—El señorito tiene razon—contestó ella.—A la verdad, la señora pretende que la fortuna es suya y que tiene el derecho de disponer de ella á su antojo; que esta fortuna no proviene toda de los Salvadores, que ha sido reunida en gran parte por su marido, el señor de Chambley, muerto hace veinte años; que ella no debe nada al señorito y que el señorito no puede menos de arruinarse y gastar hasta el último céntimo, con el tren que lleva. En fin, es cierto que quie-

re á esas señoritas tanto como si fueran sus hijas, que es lo que en el país se cree que son. Desde hace diez años que compró Montiers, al marqués de Serans, á su vuelta de Rio Janeiro, ha prohibido hablar una palabra á nadie, y como ella frecuenta poco la sociedad, se habla poco de ello. Por fin, ella sostiene que no puede ponerlas en la calle despues de haberlas dado una educacion esmerada, sobre todo, ahora que estan acostumbradas á vivir como princesas. Y es preciso convenir en que no razona mal para tener la edad que tiene.

—Sesenta y nueve años y seis meses—dijo Urbano.

La doncella se rió maliciosamente.

—¡El señorito cuenta los años!—dijo la doncella.

—¡Toma, ya lo creo!—dijo cínicamente el Brasileño.

Bidoux afirmó sus principios sin rodeos.

—¡Cuando se hereda!—dijo.

El grueso cochero, era el hombre de confianza de una señora anciana que se habia retirado de la sociedad á consecuencia de la muerte de su marido. Chamtly Salvador, que pasaba en su tiempo por ser el más rico de los comisionistas en los tráficos que unian á Paris con la América del Sud.

• Chamby Salvador, que se habia casado en Rio Janeiro, durante uno de sus viajes al Brasil, con una jóven muy rica, habia llenado durante veinticinco años el arrabal Poissonnier con su importancia, y, como ocurre con frecuencia á las gentes de negocios, habia muerto despues de una corta enfermedad, en el momento en que iba á retirarse para gozar de su fortuna, que era considerable.

No dejó hijos.

Urbano Salvador era el único heredero de la viuda, quien por el testamento de su marido se habia encontrado en posesion de toda aquella fortuna.

Rica tambien ella, vivia con suntuosidad, sin

cuidarse del porvenir, que con gran satisfaccion suya se hacia esperar mucho.

El Brasileño, en un principio, habia contado los años por distraccion, ahora los contaba por necesidad.

La fortuna de Urbano Salvador estaba casi consumida. No podia vivir más que quince ó diez y seis meses con lo que le quedaba.

Era preciso ingeniarse.

Su tia, retirada en un castillo á cinco leguas de Compiegne, tenia la vida dura y estaba acartonada.

Sin detestar á su sobrino, habia tomado un afecto tan grande como lo permitia su carácter á aquellas dos niñas adoptadas por ella trece, años antes.

La señora viuda de Chamby Salvador, era quien habia recogido á las hijas del desgraciado pescador Aubin, en *La tumba de las langostas*.

No hacia misterio de su parcialidad por ellas en sus conversaciones intimas con sus dos únicos confidentes, el cochero Bidoux, á su servicio desde hacia quince años, y su doncella preferida, Justina, una hija de su jardinero, á quien ella habia casi criado.

Se ve que su confianza estaba mal depositada. Viciosa y corrompida por el trato con una legion de criados, Justina era, desde hacia mucho tiempo, la querida del cochero y de algunos otros.

Estos dos depravados, estos dos viciosos, se entendian á las mil maravillas.

Habian comprendido que con Urbano Salvador, que estaba casi sin recursos y que era generoso como un pródigo, habia lo que se llama un golpe que dar. Pero ya no quedaba tiempo que perder.

La señora Chamby veia disminuir sus fuerzas de dia en dia. Su salud alterada y diversidad de síntomas, hacian prever á los que la rodeaban un fin próximo.

Sin embargo, ella conservaba toda su razon.

aunque no se forjaba ilusiones acerca de su estado.

Varias veces habia hablado de llamar al notario. ¡Esto era amenazador!...

Una vez clasificado el testamento entre las minutas de este imponente personaje, todo habia concluido.

Urbano comprendia esto, así como Justina y el cochero.

—Concretemos—dijo el Brasileño;—¿creéis que mi tía ha arreglado sus asuntos?

—Aun no—dijo Justina.

—Entonces aun es tiempo de obrar; pero es preciso darse prisa.

—Así lo creo—dijo el cochero.

El Brasileño llenó un vaso de Saint-Estephe para animarse. E inclinándose hacia los dos criados, les dijo:

—Reasumamos.

Los tres se acercaron uno á otro.

—¿Me sois leales?

Bidoux sonrió obsequiosamente.

—No lo dude el señorito. Nos injuriaría.

—¡Bueno! ¿A vosotros no os parecería mal tener diez mil buenas libras de renta?

—Preferiría tener doce,—afirmó el cochero.

—Así es cuenta redonda: mil francos por mes.

—Sea. Seis mil para cada uno de vosotros. Nada impedirá que los reunais despues casándoos.

Justina hizo un gesto casi imperceptible.

Ella hubiera preferido tener la renta y conservar su libertad. Pero el cochero respondió con diligencia.

—Está convenido.

—En ese caso añadiré el *trousseau*—dijo Salvador.

—El señorito es muy bueno. ¿Qué hay que hacer?

—Poca cosa.

—¿Pero qué es?

—Voy á deciroslo.

Urbano llamó:

—¡Mozo!

—¡Señor!

—El café.

Del otro lado del tabique, cuya altura no pasaba de la cabeza de los clientes, el baron de Brandes y Andrés de Fresnaye, almorzaban tranquilamente, regando los laureles del nuevo interno con un excelente vino de Bercy, el sitio del mundo en donde se fabrican los mejores vinos de Bourdeaux ó de Borgoña, deliciosos á condicion de que no tengan tiempo de envejecer seis semanas.

—¡Oh! ¡Bercy!—cantaba el estudiante,—capital del fraude, depósito de los liquidos adulterados, tú, que vendes odiosas mezclas de azulados vinos de Italia y de uva seca del Levante, por los divinos vinos del Medoc ó de la Costa de Oro, ¡maldito seas!

Pero no la maldecia con conviccion.

Bebia aquel artificial brebaje sin disgusto, con la indiferencia de la juventud; lo proclamaba la obra maestra de esa quimica industrial y pérfida, elevada entre nosotros á la altura de un principio.

Y en el fondo se ocupaba muy poco del origen, de la fragancia y de la pureza de lo que bebía.

Pensando en su triunfo, resplandecía con el sagrado fuego de la ciencia, trasformando él mismo su entusiasmo en broma.

De cuando en cuando llegaban á sus oidos algunas de las palabras de sus vecinos sin que él las diera importancia.

Santiago de Brandes estaba distraido.

Sonreía á las divagaciones alegres del joven, que estaba de buen humor, casi sin oírle.

Santiago de Brandes pensaba en Germana, en la lucha entablada entre ellos; se sentía dominado por todos los ardores de su antigua pasión, tanto más viva, cuanto que encontraba á su victima más incitante, más tentadora, en la plenitud de esa belleza de las mujeres, que no es nunca tan perfecta como en el momento de

su crepúsculo, en la hora en que va á empezar á descender.

Se preguntaba dónde estaria aquella niña á quien habia dejado tan estúpidamente escapar de entre sus manos, temblando por su impotencia como el minero que despues de haber descubierto un filon de oro, se ve separado de él de repente por un obstáculo insuperable.

Y como Germana, estaba bajo el dominio de un deseo furioso de penetrar aquel irritante secreto. Quería saber y no sabia nada, ni aun si aquella Juana, cuyo recuerdo le torturaba, vivía aún.

Entre tanto, el Brasileño bajaba la voz cada vez más.

—¿Comprendeis?—dijo.

—Está bastante claro.

—No hay nada más sencillo.

—En efecto.

El cochero respondia con la más perfecta tranquilidad.

La doncella estaba pensativa.

—¿Está dicho todo?—preguntó Urbano.

La doncella vaciló un segundo, pero á una señal del cochero contestó:

—Está dicho.

—Entonces se puede levantar la sesión—dijo el Brasileño, y llamó al mozo haciendo una seña.

—La cuenta—le dijo.

Urbano Salvador y los dos criados habian abandonado el restaurant hacia algunos minutos y el baron de Brandes tomaba el café, cuando el interno, cuyas divagaciones y paradojas despues de hacer sonreír á su tío, le habian dejado volver á sus reflexiones, quedando él tambien absorto, se calló.

Aquel silencio duró poco, pero produjo en Santiago de Brandes el efecto de un coche lanzado á todo escape y que de pronto se detiene.

Se despertó.

—¿En qué piensas?—preguntó á su sobrino.

—¿Yo?... En nada. ¡Ah! si—repuso,—pienso en los vecinos que teníamos hace un momento.

—¿Vecinos?

—Ah!...—dijo Andrés, señalando al compartimiento vacante.

—Y en qué te interesan á ti esos vecinos?

—En nada; pero me admiran.

—¿Por qué?

—Porque parecían conspirar.

—¿Conspirar?

—Han llegado ciertas frases de su conversacion á mis oídos. Desde luego eran un amo y dos criados, pero criados que no lo eran suyos. El los preguntaba en voz baja y ellos contestaban en igual tono. De esto deduzco que habia algun misterio entre ellos. El amo trataba de corromper á los criados para una empresa oscura... tenebrosa.

—¿Cuál?...

—¡Ah! ¡Eso es la dificultad! Si se pudiera adivinar, no seria ni oscura ni tenebrosa.

—Claro está.

—Sin embargo, por algunas palabras que he cogido, reconstruiré el asunto con la sagacidad de un juez de instruccion. Hé aqui los hechos:

—Escucho—dijo maquinalmente el baron.

—Se trata de una señora anciana que tiene dos criaturas recogidas en su casa.

Santiago de Brandes se incorporó.

—¿Decias?...

—Que se trata de una señora anciana que tiene dos niñas, ó dos niños, recogidos en su casa, segun he podido comprender; dos niñas, probablemente.

—¿Por qué niñas?

—¡Una idea! ¡Escúchamel!

—¡Habla!

—¡Toma! Mi historia te interesa—dijo el estudiante.—Hubiera debido hacerme dramaturgo y no médico. ¡Este es un triunfo! Continúa. Es de presumir que esas niñas no son de esa señora. Ha debido recogerlas en alguna aldea, en una carretera, en alguna parte, en fin; huérfa-

nas de pobres. Ahora bien, ella es rica; es preciso que lo sea para el interés del drama y las quiere bien. ¡Quién sabe si algún heredero celoso por su herencia no intenta borrar sus buenas intenciones y perjudicar á esas huérfanas, y hasta...! ¡Me defengo! ¡Dios sabe hasta qué extremo podría llegar llevando mis suposiciones hasta el fin en ese negro cuadro!

Se echó á reír, diciendo:

—¿Crees que tengo bastante buena imaginación, eh?...

El baron estaba trastornado.

Aquella esplicacion, completa fantasia, según, el jóven presumia, cuadraba también á las ideas que le atormentaban, que experimentó una especie de temblor nervioso.

Andrés se sorprendió de esto.

—¿Qué tienes?—preguntó poniendo la mano sobre el brazo de su tío...

—No lo sé... Un desvanecimiento... Ya ha pasado.

—¡Respiro!

—Vamos, Andrés, ¿no es una broma lo que has dicho?

—Sí y nó. Sí, porque en suma no he comprendido nada de lo que se decia del otro lado. Nó, porque estoy seguro de que esa conversacion encubre un misterio. Pondria la mano en el fuego por asegurarlo.

—No has comprendido ningun nombre de los que pronunciaban.

Al dirigir esta pregunta á su sobrino, el baron, que se habia animado singularmente, le miró con fijeza.

—Sí,—dijo Andrés.

—¿Cual?

—He oido, pero no me atreveria á afirmarlo, el nombre de un pueblo. ¡Barfleur!

El baron dió un salto sobre su silla.

—¡Barfleur!—repitió.

—Barfleur, sí.

—Y, ¿cómo has dicho? ¿dos muchachas?

—Sí, dos muchachas.

—Mozo, la cuenta, en seguida—dijo Santiago.

—Va, caballero,

—¿Qué prisa tenemos?—preguntó Andrés.

—No podrias comprenderlo en pocas palabras. Necesitaria emplear mucho tiempo para explicártelo. ¡Salgamos!

El mozo le presentó la cuenta en una bandeja. Santiago de Brandes arrojó un luis sobre el papel.

—Mozo—dijo—¿conoceis á las personas que estaban ahí almorzando hace un momento?

—¿Dos caballeros y una señora? No, señor.

—No son parroquianos?

—No creo... Voy á preguntarlo á la caja... Acaso...

Volvió á los pocos momentos.

—Son desconocidos, caballero,—dijo.

El baron tomó su sombrero y salió. Andrés le siguió asombrado por tan repentina curiosidad.

Santiago se habia precipitado hácia el boulevard y lanzaba desesperadas miradas por todas partes.

Ni el menor rastro del *gentleman* ni de sus invitados.

Buscar un sér humano en aquella bullidora multitud, hubiera equivalido á buscar á un bandido en los bosques de Córcega.

—¡Vive! ¡vive!—pensaba el baron.—¡La volveré á ver!

Su valor se reavivaba.

Aquel indicio de que tenia necesidad, indicio que pedia á todos los ecos, acababa de suministrárselo la casualidad, indicio oscuro sin duda, pero ¿no es suficiente el humo que se eleva de una chimenea, perdida en el fondo de un bosque, para guiar á un extraviado?

Se volvió hácia su sobrino.

—¡Ha marchado! ¡se ha desvanecido! ¡Ha desaparecido!—dijo Santiago.

—¿Quién?

—Ese hombre que estaba cerca de nosotros.

—¿Y qué te importa?

—Posee un secreto que vale una fortuna.

—¿Para quién?
 —¿Para ti, Andrés! ¡Una fortuna soberbia!
 —No pienses en eso—dijo alegremente el In-
 terno.

Y cogiéndose del brazo de su tío, añadió:

—Voy á decirte donde está mi fortuna, pa-
 dre; mi fortuna que es la tuya. En el estudio,
 en el trabajo y en las lecciones del hospital, en
 donde voy á entrar; en la labor ruda y perse-
 verante que hace á los homl res honrados algu-
 nas veces célebres; en el cumplimiento del de-
 ber que satisface á la imaginacion y tranquili-
 za el alma. No busques otro, para qué lo nece-
 sitamos. Modesta ó brillante, mi carrera me
 basta. ¡Que despues sea llamado á la cabecera
 de los ricos de Paris ó á la choza de los pobres
 en el fondo de nuestras campiñas, me daré por
 satisfecho! ¡No tengas ambicion por mí! ¡Yo no
 tengo más que una, la de ser feliz! ¡Y se necesi-
 tan millones para eso? ¡No temás nada! ¡El
 porvenir es nuestro!

Tío y sobrino seguian el *boulevard* en direc-
 cion de la Opera.

En el momento en que llegaban á la esquina
 de la calle de Luis el Grande, un cupé de extra-
 ña elegancia, pasó por delante de ellos.

Este cupé iba tirado por un caballo castaño,
 que pasó como una flecha.

Pero á pesar de su rapidez, el estudiante tuvo
 tiempo de distinguir en el fondo del cupé á Jus-
 tina, la doncella que vimos en el restaurant,
 hablando con el abandono de la más libre inti-
 midad, con un *gentleman*, cuyas facciones no
 distinguió.

El caballo marchaba en direccion á las Tu-
 llerias y se ocultó á los dos paseantes entre una
 serie de coches que marchaban en sentido con-
 trario.

—La mujer del Pasaje de los Principes—dijo
 Andrés á su tío.

Santiago sufrió un estremecimiento de con-
 trariedad.

La persecucion era imposible.

En el cupé, Urbano Salvador, daba un fras-
 quito de cristal azul á Justina, diciéndola:

—¿Has comprendido bien?

—Sí, señor.

—¡Una gota, una sola, en el vaso del agua!
 Justina repitió como el estudiante que tiene
 miedo de olvidar su leccion:

—¡Una gota! una sola...

—¡Y tu fortuna está hecha!

—¡Pero es preciso casarse con Bidoux!—sus-
 piró Justina.

—¡Imbécil!—dijo Salvador pasándole uno de
 sus brazos alrededor del talle,—¿qué, la Mon-
 tespan y otras muchas no eran casadas? ¡Les
 impedía esto ser favoritas del rey?

Justina se puso colorada de placer.

—Teneis razon,—le dijo.

El cupé se detuvo cinco minutos despues á la
 puerta de los almacenes del Louvre, y allí se
 apeó la doncella, quien tenia compradas que
 hacer.

Despues siguió su marcha por la calle de Ri-
 voli con extrema velocidad, y subió por los
 Campos Eliseos, para llegar al hotel Salvador.

—Yo creo—pensaba el brasileño—que el asun-
 to está en buen camino. Ya es tiempo. ¡Y luego
 ya nos arreglaremos nosotros tres, hermosas!